





91

# VIDA

DEL

V. Melchor Garcia Sampedro

PROTO-MÁRTIR ASTURIANO

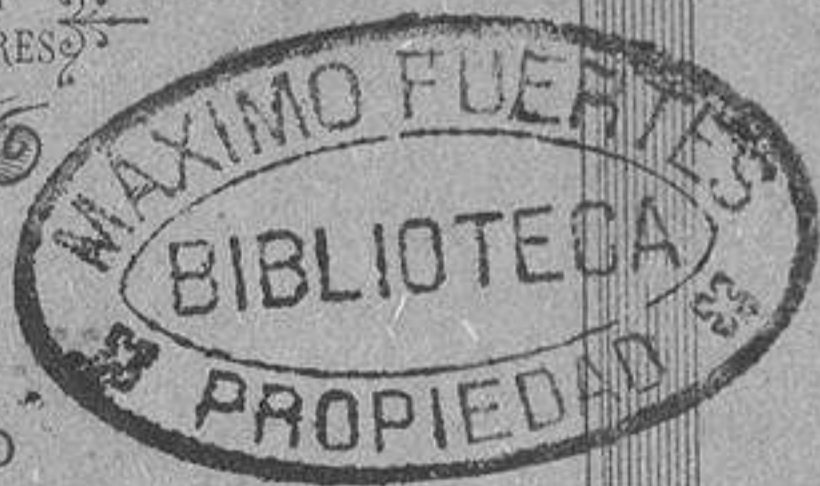
SACADA DE DOCUMENTOS AUTÉNTICOS

por

D. ....

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

4.<sup>a</sup> edición  
8.000 EJEMPLARES



OVIEDO

IMPRENTA ASTURIANA

Agustin Laruelo



2

# VIDA

DEL

V. Melchor Garcia Sampedra

PROTO-MÁRTIR ASTURIANO

SACADA DE DOCUMENTOS AUTÉNTICOS

por

D. ....

=====

CON LICENCIA DEL ORDINARIO



OVIEDO

IMPRENTA ASTURIANA

Agustin Laruelo

R. 2263'

ES PROPIEDAD.

---

Obedeciendo lo dispuesto por la Iglesia, declaro: que sólo á la Santa Sede corresponde definir quiénes son Santos ó Mártires, y que cuanto se diga en este escrito no merece más crédito que el que se da á un escritor privado.

---



J. F. Melchor

Avril 5, de 1856.



# FACSIMILE

DEL

V. Melchor Sarcía Sampedro

---

---

.....ahora estoy en casa de un  
hombre rico y <sup>es</sup> infelice  
como no me conoce exee q<sup>o</sup>  
gana el cielo con ayuda  
me bien, solo escasea la luz  
del sol;

---

..... Cuando tenga ocasion  
volvete a escribirte, si Dios  
y la Virgen de Alba me  
concede pueda desmanar  
mi sangre impura por la  
religion, hasta el cielo.

---

---

# VIDA

DEL

## V. MELCHOR GARCÍA SAMPEDRO

PROTO-MÁRTIR ASTURIANO.

---

**S**i hasta ahora la católica Asturias se ha gloriado, con razón, por ser la cuna de la restauración española y la patria de sabios, guerreros y políticos eminentes, en adelante podrá también gloriarse de poseer los restos venerandos de un hijo ilustre que consagró toda su vida en honrar al verdadero Dios y en bien de sus semejantes.

Efectivamente, el V. Melchor García Sampedro nació el día 28 de Abril de 1821 en la parroquia de S. Esteban de Cienfuegos, del concejo de Quirós, en la provincia de

Oviedo. Fueron sus padres D. Juan García Sampedro y D.<sup>a</sup> Francisca Suárez.

Desde los primeros años dejó conocer lo que sería con el tiempo, pues su obediencia, su pureza, su humildad, su fervor, su caridad y su afición al estudio y al trabajo eran la admiración de cuantos le trataban y feliz augurio de su extraordinaria virtud.

Cuando apenas sabía hablar, aprendió y repetía todos los días las oraciones que son el alimento de toda alma cristiana, y tenía verdadero afán en enseñarlas á otros niños, especialmente á sus hermanos.

A la edad de siete años recibió por vez primera la Sagrada Comunión en la parroquia de San Pedro de Arrojo, donde sus padres habían trasladado su residencia para atender mejor á la subsistencia de su numerosa familia.

Si hasta entonces la vida del inocentísimo Melchor había sido la de un ángel, el Pan Eucarístico—que recibía con mucha frecuencia y admirable fervor—le comunicó el

amor de un querubín; y era tan grande su caridad y tan ardiente su deseo de perfección, que buscaba en todas las cosas lo más perfecto. En su casa, en el templo y en la escuela pública fué en toda ocasión modelo por su aplicación, compostura y obediencia. Veía en sus superiores otros tantos representantes de Dios, y por esto los obedecía, veneraba y amaba. Profesaba especial amor á su virtuosa madre: siendo ya Obispo de Tricomia y Vicario Apostólico de Tung-King Central no escribía una carta á su familia en que no revelase este amor, teniendo siempre para ella palabras de afectuoso cariño.

Fácil le fué á esta buena señora—guiada por la Gracia Divina—educar á su hijo en el temor de Dios y preparar su alma para que un día fuese Obispo santo, Apóstol incansable y Mártir gloriosísimo.

Los padres del niño Melchor eran de noble origen, pero muy pobres; tuvieron siete hijos, de los cuales fué el primero Melchor. Vivieron con suma estrechez y pobreza, y sin

embargo todavía hallaban medios con que socorrer á los mendigos que acudían á las puertas de su casa, dándoles cena y albergue para pasar las frías noches del invierno. El niño Melchor más de una vez cercenaba su pobre ración para dar una parte de ella á los pobres acogidos. Así revelaba las grandes prendas de su corazón, dejando entrever la caridad de que tantos ejemplos había de dar en su vida.

Uno de los rasgos que más resaltaba en el niño Melchor era su retraimiento y amor á la soledad; muy raras veces se le veía en diversiones. Su lenguaje fué siempre modestísimo, jamás salieron de sus labios esas palabras asquerosas que antes sólo se oían entre gente soez, y que en nuestros días son, por desgracia, tan comunes aún entre personas que no dejan de tenerse por cultas é ilustradas.

Fué siempre muy devoto de la Santísima Virgen, y solía con frecuencia hablar de Ella para inspirar á los demás el profundo amor que sentía su corazón hacia esta

tierna MADRE. Cuando la familia se reunía en el hogar después de las faenas del día, antes de la cena, Melchor—que apenas sabía hablar—postrado de rodillas, empezaba el santísimo Rosario—piadosa costumbre que conservó toda su vida,—contestando á coro todos los concurrentes, edificados por la compostura y devoción de aquel santo niño.

A los once años empezó á estudiar la lengua latina. En Bárzana, capital del concejo de Quirós, á media legua de San Pedro de Arrojo, había un Profesor de Latín que se llamaba Don Vicente Alvarez del Manzano, y á su clase concurrió durante tres años nuestro V. Melchor. Todos los días madrugaba, rezaba sus acostumbradas oraciones, y después de cumplir en su casa las obligaciones que tenía asignadas, emprendía su viaje á Bárzana, pobremente vestido, en un país sin caminos, lluvioso, frío y lo más del tiempo cubierto de nieve, llevando á la espalda un fardel ó saquito que contenía su pobre comida. Después de asistir á la clase de la mañana, se

retiraba á sitio conveniente para estudiar la lección de la tarde; comía el frugal alimento que su madre había puesto en el saquito—que ordinariamente era una sardina salada, un huevo duro, ó un poco de queso con un pedazo de pan, y las más de las veces borona,—asistía á la clase de la tarde y después regresaba á su casa, estudiando durante el camino las lecciones del día siguiente. De noche continuaba su estudio, rezaba el Smo. Rosario, cenaba en compañía de los mendigos—si los había—los acompañaba al pajar y se retiraba, acostándose después de sus acostumbradas oraciones, que nunca omitía. De esta manera estudió la lengua latina, habiendo salido tan aprovechado, que llegó á ser uno de los mejores latinos de su tiempo.

El género de vida que llevó el niño Melchor mientras residió en Quirós, su vida activa y laboriosa, su pobreza y su austeridad, contribuyeron poderosamente á formar el organismo robusto y el carácter enérgico de que tanto hubo menester en el tiempo que ejerció el Apostola-

do. Si se hubiese criado con la afección y delicadeza de la educación moderna; si no se hubiese acostumbrado á la piedad desde los primeros años de su vida, difícilmente hubiese podido soportar los trabajos y privaciones de la vida de misionero, y mucho menos alcanzar el grado de santidad que todos admiraron en él.

Así pasaron los años de su infancia, alejado del mundo y de sus peligros, nutriendo su alma con la piedad, enriqueciéndola con todo género de virtudes y conservando su inocencia angelical que fué el adorno de toda su vida. Aprendan en este hermoso modelo los padres cristianos, y en vez de exponer sus hijos á las seductoras diversiones del mundo corruptor, consérvénlos alejados de él: de esta manera, no sólo lograrán que sean virtuosos, sino que los harán felices aún en esta vida; porque sólo la virtud nos colma de sólida ventura y sólo el vicio nos hace verdaderamente desgraciados.

Cuando se le creyó suficiente-



mente instruído en la lengua latina, sus padres le buscaron una pobre posada en Oviedo, en cuya Universidad se matriculó en el primer año de Filosofía, después de haber sufrido un riguroso examen de latín, según la ley de aquella época. Este es el período más crítico de la vida de los jóvenes. Durante su infancia y mientras permanecen en el hogar doméstico, ni las pasiones son tan violentas, ni los peligros tan frecuentes; además, los padres, por cuidadosos que sean en la educación de sus hijos, no les toleran ciertos extravíos y vicios tan comunes entre la juventud escolar. ¡Cuántos jóvenes, que conservaban su inocencia al lado de una madre virtuosa, se han visto arrastrados al vicio por el pernicioso ejemplo de sus compañeros! ¿Le sucedió otro tanto á nuestro joven Melchor? No; lejos de seguir las huellas de los jóvenes corrompidos, se aprovechó de todas las ventajas que podía ofrecerle la ciudad de Oviedo para instruirse en las ciencias; pero mucho más para adelantar en la virtud y hacerse

santo, que era lo que más anhelaba su alma. Sus amigos eran pocos, y éstos los más virtuosos; huyó siempre de las diversiones, frecuentaba los Stos. Sacramentos, tenía un Director espiritual prudente y virtuoso, oía Misa todos los días en Santo Domingo, en la Catedral y algunas veces en San Pelayo, fué constantemente devoto de la Vírgen de los Dolores, en cuya Congregación—establecida en la parroquia de San Juan—ingresó en compañía de otros amigos el 25 de Marzo de 1845.

Las excelentes condiciones personales del joven Melchor y el género de vida austera y retirada, que siempre observó, le merecieron el aprecio de sus superiores y la admiración de sus compañeros de estudios. El virtuoso quirosano era conocido y amado de todos.

Como sus padres continuaban en la mayor pobreza, y con mucho trabajo podían mandarle la *carraca*—porción de alimentos que las familias pobres envían periódicamente á sus hijos estudiantes—el joven Melchor se procuró una colocación pa-

ra aliviar á sus padres de esta carga. En 1843 fué nombrado Preceptor del Colegio de San José, donde le mantenían y le daban trescientos veinte reales anuales. Con este auxilio pudo terminar su carrera con notable aprovechamiento, obtener el grado de Bachiller en Sagrada Teología, y, sobre todo, hacerse santo, siendo con justicia reputado como uno de los estudiantes que más se distinguieron en su época por su aplicación, por su talento, y, muy especialmente, por su virtud. Era tal el concepto que gozaba entre sus contemporáneos, que, cuando salió de Oviedo, conservaron y aun conservan, después de cuarenta años, sus libros y cartas como recuerdo de un santo.

Cuando los padres del V. Melchor confiaban que pronto tendrían en él un consuelo y un alivio para mejorar su triste posición—pues era de esperar que por su saber y sus virtudes obtendría alguna colocación ventajosa—éste les reveló su decidido propósito de hacerse religioso para consagrarse á las Misio-

nes en los países de infieles. Dios Nuestro Señor exigía de él este heroico sacrificio. Grande fué la amargura que sintieron sus padres y tenaz la resistencia que opusieron á los santos propósitos de su hijo; pero como eran sinceramente cristianos por fin le dieron su permiso, y en el mes de Julio de 1845 partió para el Colegio de Dominicos de Ocaña. El V. Melchor quería ser religioso de Santo Domingo para consagrarse á las Misiones de Asia, habiendo tomado el hábito el día 16 de Agosto y profesado el 18 del mismo mes del año siguiente de 1846.

Si en Oviedo, y antes en Quirós, tanto se esforzaba el Venerable en hacerse santo; si le vemos adoptar todas las medidas aconsejadas por la prudencia cristiana para librarse del contagio del mundo y acudir á todas las fuentes de la piedad para adelantar en la virtud, ¿con qué fervor no se aprovecharía de las gracias y ventajas de la vida religiosa?

*«En los años que permaneció en*

*este Colegio—dice el Rvmo. Comisario General de la Orden—yo, que tuve la dicha de vestirle el santo hábito, soy testigo de su vida fervorosa é inocente. El M. R. P. Fray Blas Corbera, que le trataba más de cerca por haber sido su maestro de novicios, no hallaba palabras con que ponderar sus virtudes. Siempre se le encontraba afable, modesto, humilde y fervoroso. Aunque había terminado los estudios mayores en el siglo, tenía tan mortificada la propia voluntad, era tan obediente y sumiso cual si se hubiera educado en el Claustro desde su niñez. En fin, su Maestro de novicios, compendiando en pocas palabras las prendas y virtudes de este joven recomendable, dice—que nada se exagera en el panegírico del V. Melchor, porque era un Angel.»*

En las vidas de los Santos no hay ninguna circunstancia despreciable, por pequeña que parezca; el V. Melchor había sido bautizado el 29 de Abril, en que la Iglesia celebra la fiesta del ilustre dominico y glorioso mártir San Pedro de Vero-

na; tomó el hábito religioso el 16 de Agosto, día de S. Jacinto, Apóstol de Polonia; y parece que durante el tiempo que el Venerable, estuvo en el Colegio de Ocaña, se propuso adornar su corazón con las virtudes de estos dos dominicos para ser un día Apóstol y Mártir.

Sus superiores dispusieron que recibiese los sagrados Ordenes por considerarle suficientemente dotado de la ciencia y virtud que deben adornar á los ministros de Jesucristo. En 29 de Mayo de 1847 se ordenó de Sacerdote, habiendo cantado su primera Misa el día 6 de Junio siguiente con admirable edificación de todos y gran aprovechamiento espiritual.

No estaba satisfecha con esto su alma generosa: el afán de toda su vida había sido el apostolado y el martirio, predicar el sagrado Evangelio á los pobres infieles y morir por la Fe de Jesucristo. Por esto se llenó de júbilo cuando sus superiores le destinaron á las Islas Filipinas; porque desde allí le sería más fácil obtener el competente permi-

so para pasar á Tung-King, donde tienen Misiones los Hijos de Santo Domingo.

Cuando llegó á Manila el 25 de Julio de 1848, todavía su indomable constancia tuvo que vencer obstáculos que le oponían su talento y su virtud. Sus superiores tenían dispuesto encargarle de una cátedra en aquella Universidad. Pero no eran éstos los deseos del V. Melchor; con la debida humildad se presentó á sus superiores y logró convencerles que Dios Nuestro Señor le llamaba al apostolado, consiguiendo se le destinase á las Misiones de Tung-King.

Tung-King se halla situado al Sud Este del Asia, forma parte del vasto imperio annamita y tiene triste celebridad por las terribles persecuciones suscitadas contra el nombre cristiano. La persecución del emperador Tu-Duc—en que padeció el V. Melchor—ha sido una de las más terribles que registra la historia; pues duró seis años, y recibieron la palma del martirio cuatro Obispos y 30.000 cristianos.

En Octubre de 1848, el V. Melchor, lleno de júbilo su corazón de Apóstol, entró en Tung-King para consagrarse á la conversión de aquellos infieles, empezando una vida llena de trabajos y privaciones, faltó muchas veces de alimentos y vestidos, yendo lo más del tiempo descalzo de pié y pierna—según él mismo asegura—y cubierto de lodo.

¡Con qué afán se consagró el Venerable Melchor á la conversión de aquellos idólatras! Su celo incansable le sugería mil recursos para atraerlos al rebaño de Jesucristo, verdadero Pastor de las almas. No necesitaba de estímulo para entregarse á las obras de caridad, al trabajo y á la predicación. Publicó varios libritos de propaganda compuestos unos por él mismo y otros que andaban manuscritos y que habían sido redactados por diferentes misioneros. Fundó un Colegio donde se educaban muchos niños en el santo temor de Dios y se instruían en las letras humanas. ¡Hermoso semillero de mártires!



En un solo día fueron martirizados 30 niños de este Colegio.

Era tal la santidad y sabiduría del Venerable Melchor García Sampedro que, á los siete años de estar en Tung-King y cuando no tenía más que 34 de edad, fué nombrado Obispo titular de Tricomia, Coadjutor del Vicariato Central. Su consagración episcopal tuvo lugar el domingo 19 de Septiembre de 1855, festividad de la Santísima Virgen de los Dolores, y como era grande el amor que le profesaban los piadosos cristianos de aquel país, dicha ceremonia fué uno de los acontecimientos más notables, la fiesta *más solemne que se ha visto en Tung-King*—según asegura el mismo Venerable,—habiendo concurrido muchos millares de personas de diferentes distritos.

Un año después moría mártir el Vicario Apostólico, y desde entonces el Venerable Melchor quedaba al frente del Vicariato Central, gobernando aquel glorioso ejército de mártires.

La vida del Venerable era un

conjunto de virtudes, trabajos y sacrificios que él mismo se imponía para dar gloria á Dios y rescatar almas del poder de Satanás; cumplía puntualmente con todos los ayunos de la Religión dominicana—ó sea ocho meses al año—y ayunaba además otros días que él se imponía como mortificación voluntaria. Cuando estaba solo nunca comía carne, no bebía vino, ni fumaba; vestía siempre ropas de lana, lo cual es gran mortificación en aquel país extremadamente caluroso, traía siempre un cilicio; tenía todos los días dos horas de oración mental y pasaba muchas horas de la noche en contemplación. Era muy devoto de la Pasión del Señor y de los Dolores de la Santísima Virgen, en cuyo obsequio rezaba todos los días las tres partes del Santísimo Rosario y la Corona de los Dolores.

Vivió siempre en la mayor pobreza, escogiendo para sí lo más ruín, no teniendo nunca para su uso objetos preciosos, ni siquiera reloj de plata. Era tal su afán de adelantar en la virtud y tan grande su hu-

mildad, que encargaba á los religiosos le advirtiesen todas las faltas que vieran en él para enmendarse de ellas.

Su mansedumbre y afabilidad eran extraordinarias: llegó á temer que ofendía á Dios por ser demasiado indulgente; no sabía negar á nadie un favor, aunque para ello tuviera que imponerse un gran sacrificio. En cierta ocasión manifestó grave disgusto, porque en su presencia se había reñido á un criado por haber tardado mucho tiempo en cumplir una orden suya: «*En las cosas que pertenecen á nuestro servicio—decía el Venerable—un religioso debe someterse á la voluntad de sus servidores.*»

Su humildad era extraordinaria; se llamaba siempre *pecador y miserable* que tenía *mala cabeza* y la *sangre impura*; para su propia confusión decía á sus compañeros sus faltas, aún las más ocultas, y se admiraba de que los cristianos le respetasen y le guardasen consideraciones, asegurando que hacían esto porque no le conocían.

Viajaba siempre de noche, á pié y descalzo; predicaba casi todos los días—y lo hacía con tanto fervor que más de una vez arrojó sangre por la boca después de sus sermones—y procuraba en todas partes la gloria de Dios, la conversión de los pobres infieles y la perseverancia de aquellos buenos cristianos.

¿Quién es capaz de expresar la inmensa caridad del Venerable Melchor? ¿Quién podrá explicar el amor que profesaba á Dios Nuestro Señor y á sus semejantes? La genuina expresión del amor es el sacrificio, y por esto el Venerable no se contentó con emplear toda su vida y todo su ser en dar gloria á Dios y salvar almas, sinó que desde niño anheló constantemente morir, y morir mártir, para satisfacer los ardientes deseos de su corazón de sacrificarse por Dios y por sus hermanos los pobres idólatras. *No hay mayor caridad—dice Nuestro Divino Salvador—que dar la vida por aquéllos á quienes amamos.*

Por esto el V. Melchor tuvo siempre gran deseo del martirio.

Cuando todavía era estudiante en Oviedo, subiendo las escaleras del Colegio de San José en compañía de un amigo suyo, le dijo: «¿Cuándo tendré yo la dicha de subir las escaleras de un patíbulo para morir por Jesucristo?» En casi todas las cartas que desde TungKing escribía á su familia y á sus amigos revelaba este mismo deseo y encargaba aún á sus padres le ayudasen en sus oraciones «para que logre lavar mis culpas con mi sangre, que, aunque impura, unida á la del Divino Cordero, será limpia y casta; y consiga la palma del martirio.»

Se lamentaba continuamente de que sus pecados eran la causa de tardar su martirio, y en alguna ocasión manifestó á los religiosos misioneros su propósito de presentarse voluntariamente á los tiranos para confesar la Fe de Jesucristo: desistiendo tan sólo ante la unánime resistencia de los misioneros, que no se resignaban fácilmente á separarse de su amado Pastor.

Por fin, Dios Nuestro Señor aten-

dió las ardientes súplicas de su fiel servidor, y el Venerable Melchor vió satisfechos los ardientes deseos de su alma, siendo preso por los satélites de Satanás el día 7 de Julio de 1858 en una pequeña aldea llamada Kien-lao. Al día siguiente fué conducido, dentro de una jaula, á la Capital de la provincia, Nan-dinh, con sus dos fámulos Domingo Hien, de 21 años, y Domingo Kiep, de 19.

Fácil es comprender los sufrimientos del Venerable Protomártir en los veinte días que estuvo en la cárcel. Encerrado en un calabozo en compañía de su fiel discípulo Kiep, se le privó de toda comunicación; pues no sólo se hallaba custodiado por un fuerte piquete de soldados, sinó que se pusieron agudas espinas á la puerta del calabozo para que nadie pudiera acercarse.

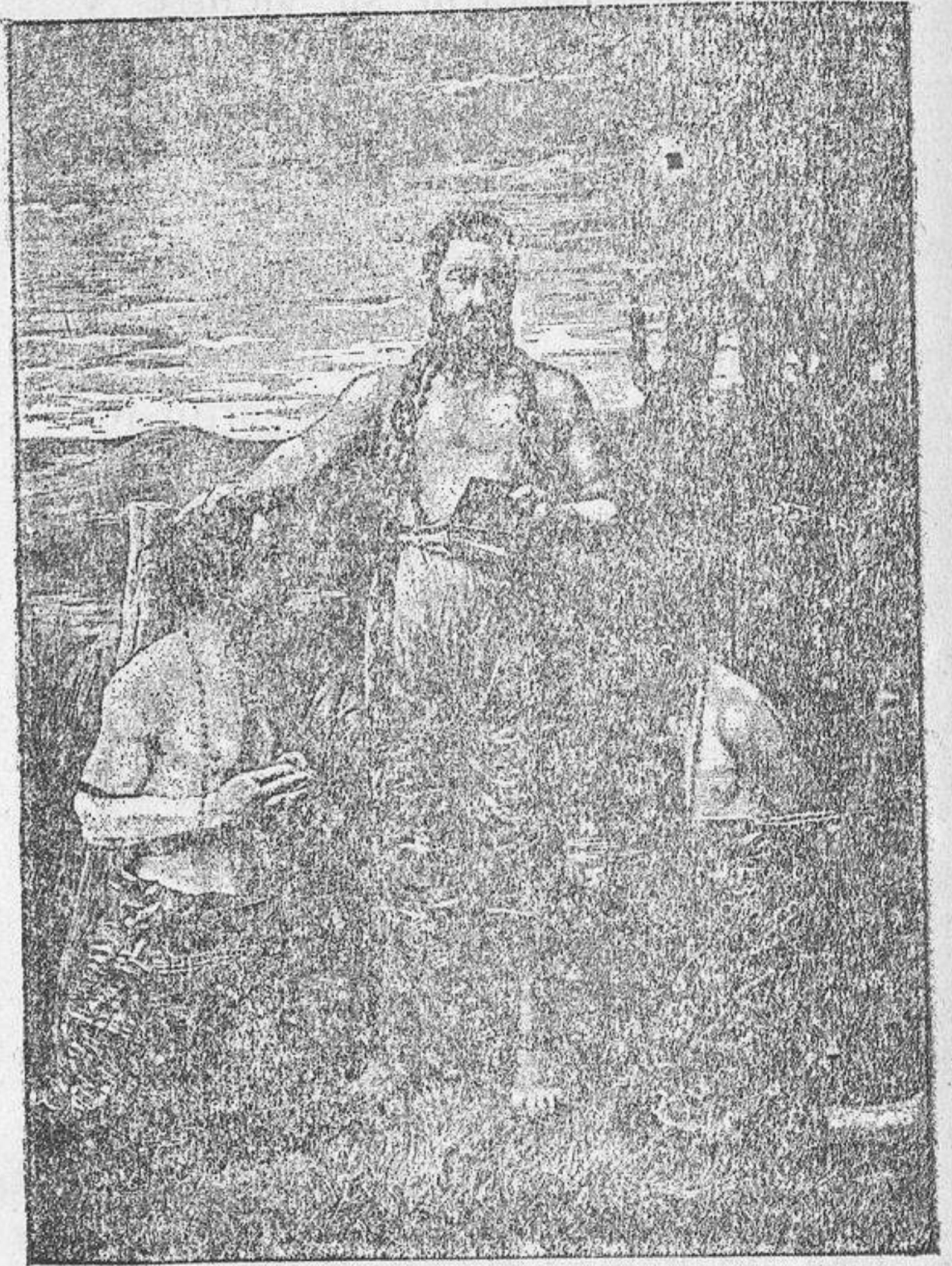
El día 28 del mismo mes sufrieron el martirio el Santo Obispo y sus dos discípulos. A nadie sorprendió la terrible sentencia dictada por aquellos tiranos contra el Venera-

ble Melchor, porque sus heroicas virtudes y su celo incansable habían excitado contra él el furor de aquellos enemigos del nombre cristiano.

Los detalles de su martirio se saben por la relación de un Misionero—poco tiempo después murió también mártir—que disfrazado tuvo el valor de asistir á tan terrible espectáculo y ser testigo de la constancia y resignación del Venerable Obispo de Tricomia. A las siete de la mañana los dos fámulos fueron sacados de la cárcel y conducidos por la tropa al lugar del suplicio. Clavaron los verdugos dos postes en el suelo, atando un mártir á cada uno de ellos y maltratándolos bárbaramente durante una hora. Después sacaron al santo Obispo del calabozo, sin más ropa que un pantalón, llevando al cuello una cadena que pesaba setenta libras, y teniendo un breviario ó diurno en la mano: rodeado de soldados, que traían desenvainadas sus espadas, fué conducido al lugar donde estaban los dos santos jóvenes. *Al ver-*

se Su Señoría Ilustrísima al frente de sus dos amados discípulos, los exhortó á la fortaleza y les dió su bendición. Luego, en presencia del Venerable Melchor, cortaron las cabezas á los dos jóvenes y las arrojaron al aire. Terminado el martirio de los dos fámulos, echaron violentamente al suelo al Venerable Obispo, y estando tendido de espalda, ataron á sus muñecas y tobillos unas cuerdas que, tirando fuertemente, sujetaron á unas estacas clavadas en la tierra. Pusieron otras estacas á los lados del pecho y de los muslos, y las doblaron por encima del cuerpo para sujetarle. Estando en tan dolorosa posición, los verdugos, armados de hachas sin filo, empezaron á cortar sus piernas por las rodillas, dando en cada una de ellas más de doce golpes; luego hicieron lo mismo con los brazos, dando en cada uno seis ó siete golpes. Al llegar aquí enmudeció la lengua del V. Melchor, que no había cesado de invocar el dulce nombre de Jesús, única palabra que se le oyó durante el mar-





tirio. Después cortaron su veneranda cabeza, abrieron su vientre y arrancaron sus entrañas. La cabeza del Venerable fué colocada en un cesto y colgada en la puerta meridional de la ciudad: las entrañas fueron igualmente colgadas en la puerta oriental. El día 29 aquellos verdugos inhumanos destruyeron la veneranda cabeza y arrojaron los pedazos al mar.

Después del martirio del Venerable Melchor, envolvieron su cuerpo y le echaron á una fosa que estaba preparada junto al lugar del suplicio, y después de cubrirla con tierra no pudieron conseguir que la pisoteasen los elefantes, por más esfuerzos que se hicieron al efecto. Esta resistencia tenaz y no acostumbrada de los elefantes llamó la atención de los concurrentes, y habiéndose dado cuenta al emperador mandó matarlos, habiéndose ejecutado la sentencia con grande aparato militar.

El V. Melchor consiguió la palma del martirio en 28 de Julio de 1858, á la edad de 37 años y 3 me-

ses. Los piadosos cristianos recogieron sus sagradas reliquias y las conservaron con gran veneración: la muerte del Santo Obispo de tal manera impresionó á todos los espectadores, que muchos de ellos abrazaron nuestra Sagrada Religión, única que puede infundir en el hombre tanto valor, tanta constancia y tanto sacrificio.

Cuéntase en Quirós, que en la parroquia de Arrojo y en la huerta de los padres del Venerable Melchor García Sampedro—que todavía vivían cuando se tuvo noticia de su martirio—había unos árboles frutales plantados por el Mártir, cuando era joven. En la primavera de 1858 no dieron señal de vida; pero en el mes de Julio del mismo año se cubrieron de flor y murieron. Cuando se tuvo noticia del martirio del Venerable Melchor se pudo observar que la muerte de aquellos árboles había coincidido con el martirio de quien los había plantado.

¡Gloria al Protomártir asturiano!  
¡Gloria, sobre todo, á Dios Nuestro Señor, que se dignó escoger á un

hijo de esta hidalga tierra para que enseñase con su palabra y con su ejemplo la fe y la moral del sagrado Evangelio á los hijos de Tung-King, y sellase con su sangre generosa su glorioso apostolado!



Al publicarse esta edición tenemos ya el inefable consuelo de poseer los restos Sagrados del Venerable Melchor. Asturias no ha presenciado una solemnidad más grandiosa que la que tuvo lugar en Oviedo el domingo 28 de Abril de 1889. ¡Nunca se vió más entusiasmo! ¡Qué espectáculo tan conmovedor ofrecía la Capital del Principado! La alegría, la fe y la piedad brillaban en los rostros de todos los ovetenses y de muchos millares de forasteros que acudieron á rendir el tributo de su admiración y amor ante la urna que contiene los restos mutilados del pobre estudiante, del humilde Fraile, del inmortal Obispo, del santo Misionero que con su sangre generosa ha escrito otra página de

gloria en la historia de su religión y de su patria.

No nos contentemos con poseer tan rico tesoro. ¿El V. Melchor fué santo? pues imitémosle. ¿Cree-mos que está en el cielo y que es un amigo de Dios? imploremos con-fiadamente su patrocinio, purifican-do previamente nuestras almas en la piscina de los Sacramentos.

No vacile nuestra fe: las súplicas que enviemos al cielo por intercesión del que murió por Jesu-cristo, no pueden dejar de ser aten-didas por Aquel que dijo á justos y pecadores: *Pedid y recibiréis, llama-dad y se os abrirá.*





## ESTA VIDA

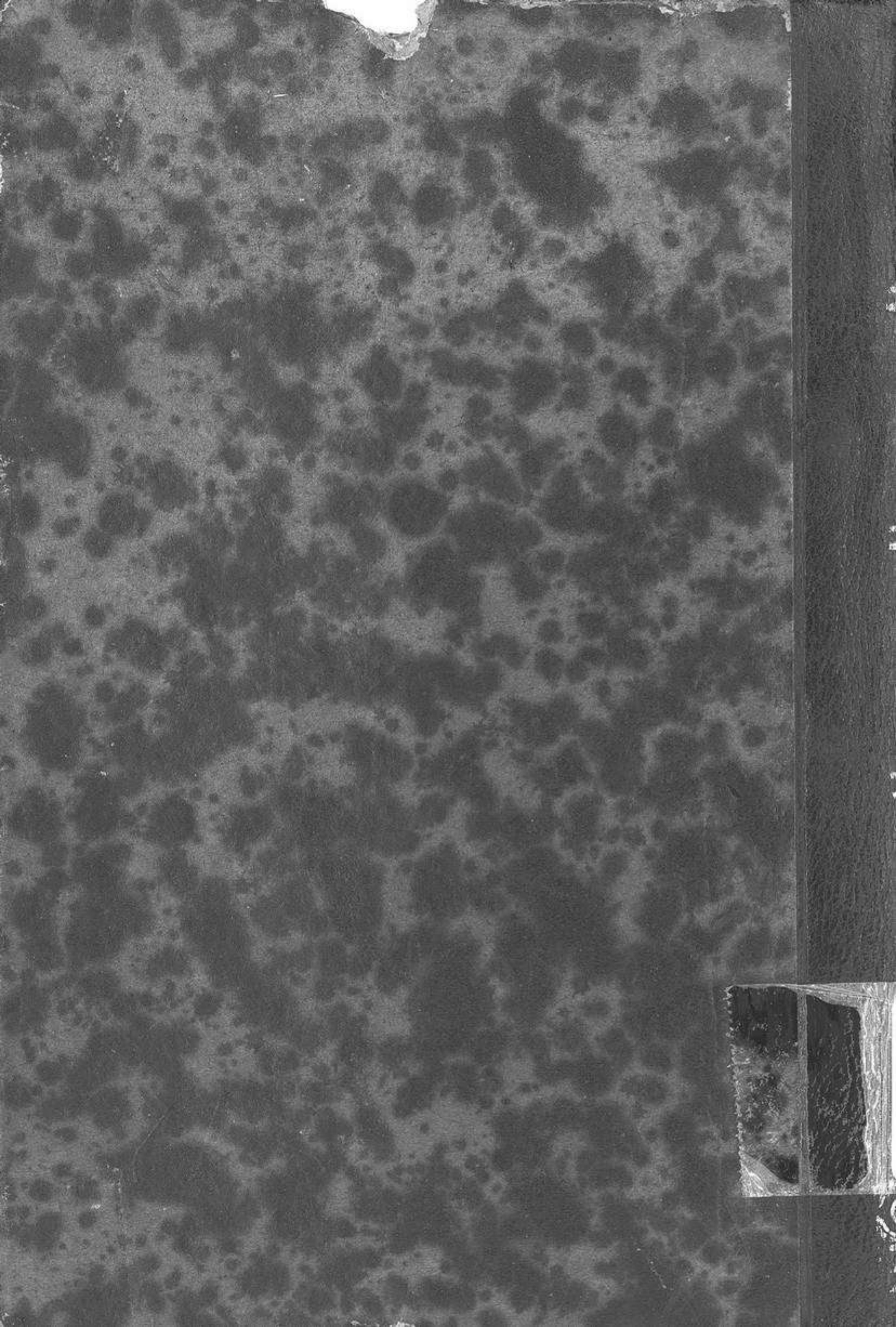
se vende á DIEZ céntimos de peseta.

A los Sres. Párrocos, Maestros, Libreros y expendedores, se les harán rebajas considerables.









BIBLIOGRAFIA  
ASTURIANA

VARIOS

G

F. 141